

no un escrito. De hecho, hubo muchas obras que, a pesar de venir refrendadas por el nombre de tal o cual apóstol, fueron rechazadas por la Iglesia. Por esto, a la hora de decidir el carácter pseudoepigráfico de un escrito, reconocido como auténtico por la Tradición, es necesario tener argumentos de más peso. Por otra parte, creemos que los argumentos meramente filológicos no pueden ser considerados decisivos habida cuenta sobre todo del modo de escribir en la antigüedad, en ocasiones por medio de un escribano. También es preciso contar con las diversas épocas en que aquellos escritos se compusieron, causa que explica la diferencia de argumentos por la nueva forma de contemplar determinados problemas. Por todo ello nos parece excesivo considerar cartas deuterocanónicas la de Col, Eph, 2 Thes y las Pastorales (cfr. p. 138ss). Lo mismo se puede afirmar de lo dicho en la p. 161 sobre el IV Evangelio, y acerca de la 1 y 2 Pet en p. 192.

El Apéndice I resulta interesante por el panorama sencillo que da de la literatura extracanónica, así como la mesurada valoración que hace de ella (cfr. p. 206). También los testimonios cristianos primitivos que se presentan, ofrecen al lector un muestrario selecto de los comienzos de la Tradición, aspecto este de gran importancia en la Iglesia.

Antonio GARCÍA-MORENO

Salvador MUÑOZ IGLESIAS, *Los cánticos del Evangelio de la Infancia según San Lucas*, Madrid, Eds. Instituto «Francisco Suárez» del C.S.I.C. (Col. «Puer natus», Estudios en torno a los Evangelios de la Infancia, I), 1983, X+373 pp., 14 x 23.

Con este volumen se inicia una nueva colección de estudios bíblicos del Instituto Francisco Suárez que va a estar integrada por la aportación de diversos autores en torno al tema de los Evangelios de la Infancia. Tema en el que el autor de este volumen viene trabajando desde hace años con seriedad científica y perseverancia. Baste citar sus trabajos, sobre *Géneros literarios de los Evangelios* o sobre *el Evangelio de la Infancia en San Lucas y las infancias de los héroes bíblicos* publicados en la revista «Estudios Bíblicos» ya en los años 1954 y 1957 respectivamente. Los índices de la citada revista dan rendida cuenta de la labor investigadora de Muñoz Iglesias en torno a Mt 1-2 y Lc 1-2. El estudio que ahora presenta se centra únicamente en los Cánticos de Lc 1-2, y se caracteriza por abordarlos de una forma complexiva.

Estudia en primer lugar las cuestiones generales en torno a los cánticos de Lc 1-2 en su conjunto: su número, su origen, su lengua original y la relación entre ellos. Todos ellos temas debatidos en la investigación reciente y cuyo «estado de la cuestión» el autor conoce perfectamente, y consigue exponer con claridad y concisión. Con la mayoría de los exégetas, el autor considera que son cuatro los cánticos: el *Magnificat*, el *Benedictus*, el *Gloria*, y el *Nunc Dimittis*. En las pp. 9-10 da ponderadas razones de su decisión: son los cánticos que han pasado como himnos a la liturgia, sólo ellos son de carácter poético al modo de los salmos, y sólo ellos se dirigen a Dios. En cuanto al origen y a la lengua original, la respuesta que el A. da en este capítulo introductorio presupone el estudio analítico posterior y revela ya sus principales conclusiones acerca del conjunto de los cap. 1-2 de Lc: obra de un judeo-cristiano que escribe en hebreo y que es autor también de las piezas poéticas. Ello explica las características comunes que tienen estos himnos: presentan rasgos de escatología cumplida y semejanzas formales.

Antes de enfrentarse con cada uno de los cánticos, y precisamente en orden a comprender mejor su estructura y contenido así como a fundamentar la respuesta dada a la cuestión del autor de los mismos, Muñoz Iglesias se detiene en estudiar lo que él bien llama antecedentes: Los insertos poéticos en la narración bíblica del A. T. Sigue el orden de los libros bíblicos y en general considera de carácter poético aquellos pasajes que aparecen con forma de verso en la edición del Kittel-Kahle. A lo largo del estudio y en la síntesis final hace notar acertadamente que si bien en los relatos más antiguos se incorporan a la narración en prosa piezas independientes en su origen, como los oráculos de bendición o maldición, o se reelaboran las piezas ya existentes, como queda reflejado en las Bendiciones, más tarde son los mismos relatores en prosa quienes «amenizan» su narración con piezas poéticas expresamente inventadas para el caso. Esto puede ya percibirse en los autores postexilicos de la Historia cronística o sacerdotal e incluso en los preexilicos de la Historia deuteronomística, pero se acentúa y se generaliza esa forma mixta de escribir con los «sabios» que proponían su enseñanza moral mediante refranes en verso. Así llega a imponerse como una moda que, tal como se ve en 1 Mac, no sólo hace hablar en verso a los personajes sino que alterna prosa y verso en la descripción de los acontecimientos. «Existe en los escritos hebreos de época tardía una moda literaria que los lleva a inventar parlamentos poéticos y ponerlos en boca de sus personajes (históricos o fingidos)» (p. 59). Partiendo de este dato y teniendo en cuenta el posterior análisis de cada uno de los cánticos, que muestra el carácter hipotético de las conclusiones a las que han llegado los diversos autores en torno a la relación entre la narración en prosa de Lc 1-2 y las piezas poéticas ahí contenidas, Muñoz Iglesias establece que «el autor judío cristiano del relato lucano de la Infancia se encontró con esta moda y se ajustó a ella. Siguiendo la costumbre ancestral de expresar en forma rítmica los oráculos divinos —fórmula muy usada ya en el Pentateuco y recogida como si fuera obligado por la literatura profé-

tica— el autor original de Lc 1-2 vierte en parlamentos poéticos las palabras de Gabriel a Zacarías (Lc 1,13-17. 19-20) y a la Virgen (Lc 1,30-45), las alabanzas de Isabel a María (Lc 1,42-45), el anuncio de los ángeles en Belén (Lc 2,10-12.14), y la bendición presagio del anciano Simeón (Lc 2,34-35). Aparte de ello, resume los sentimientos de tres de sus personajes en tres piezas líricas independientes (*Magnificat*, *Benedictus* y *Nunc Dimittis*), de corte clásico en cuanto a la hechura sálmica, aunque reflejando —sobre todo en el *Benedictus*— el gusto literario decadente, reiterativo y barroco, del hebreo tardío. (p. 60).

A cada uno de los cuatro cánticos —excepto al *Nunc Dimittis* que es muy breve— el Prof. Muñoz Iglesias dedica dos capítulos: uno destinado a cuestiones introductorias —crítica textual y literaria— y otro a presentar un comentario del cántico.

En cuanto al *Magnificat*, tras examinar los argumentos variadísimos que ha ido esgrimiendo la crítica para afirmar que se trataba de una pieza extraña al relato en el que se inserta, Muñoz Iglesias estima como sólidamente probable que «tanto la narración en prosa como el *Magnificat* provienen de un mismo autor, que ciertamente no fue Lucas, aunque la tradición griega presenta retoques típicamente lucanos» (p. 71). Aparte de mostrar la inconsistencia de los argumentos en contra de la anterior afirmación, el principal punto en que se apoya es, en resumen, lo que ha mostrado en el capítulo anterior: la moda propia de la época de componer cánticos el mismo autor de la prosa. La cuestión de si el *Magnificat* debe considerarse un cántico de María o de Isabel, el autor del libro la aborda con detenimiento, exponiendo el origen y la historia de la controversia, y mostrando la inconsistencia de las hipótesis que lo atribuyen a Isabel. En realidad el autor de Lc 1-2 lo atribuye a María, aunque «nadie piensa ya que los personajes en cuyos labios se ponen los himnos de la Infancia según San Lucas pronunciaran literalmente esas palabras que el relato les atribuye» (p. 72). El *Magnificat*, en su forma versificada procede de un autor judío cristiano y así se explican tanto el acento de esperanza mesiánica cumplida como el sabor veterotestamentario (cfr. p. 114).

Tras exponer de manera sucinta los intentos de determinar la estructura del cántico, Salvador Muñoz Iglesias inicia el comentario al mismo distribuido en seis apartados: 1) la alabanza inicial (Lc 1,46b-47); 2) el motivo de la alabanza (Lc 1,48); 3) la bienaventuranza de María (Lc 1,48b); 4) las maravillas del señor (Lc 1,49-50); 5) el proceder habitual de Dios (Lc 1,51-53); 6) el cumplimiento de la promesa divina (Lc 1,54-55). El autor dedica una atención especial a las posibles retrotraducciones al hebreo porque de esa forma se puede comprender mejor el significado de las expresiones y viene así a confirmar la hipótesis de un original hebreo no solo para el cántico sino para el conjunto del Evangelio de la Infancia en Lucas. Se estudian detenidamente los posibles paralelos del Antiguo Testamento tanto a expresiones concretas como a usos literarios. Así se considera Sal 70, 5 como el trasfondo más cercano a Lc 1,46b-47 ya que en ambos apa-

recen los temas de *engrandecer* al Señor, *alegrarse* en El y *salvación*. No quedan excluidos por ello otros trasfondos señalados habitualmente por los comentaristas. Explica los aoristos de Lc 1,51-53 como aoristos gnómicos ya que «este procedimiento literario de levantarse líricamente del caso particular, que motiva el canto de acción de gracias a Dios, a la consideración de su misericordioso proceder habitual es muy frecuente en los cantos religiosos hebreos: Sal 138,6; 1 Sam 2,4-9; Judit 9,5-6; 16,13-16» (p. 143), y, por otra parte, no es raro en los LXX traducir en aoristo (gnómico) el comportamiento habitual de Dios como se ve en el Sal 107, 33-41. Lc 1,55 no hay por qué explicarlo como una añadidura posterior en una u otra parte, sino que a la luz de Sal 98,3; Miq 7,20 y 2 Sam 22,51c se entienden como dos hemistiquios que iban originariamente en aposición, aunque el traductor griego los haya construido de forma distinta (cfr. p. 160). La promesa divina ya cumplida a la que se refieren los vv 54-55 es el advenimiento de Cristo. Aunque gramaticalmente fuera posible entender estos versículos como promesa no cumplida aún —pero que se tiene con tal certeza que se expresa en pasado— sin embargo exegéticamente «la intención del autor que pone el Magnificat en labios de María y la hace decir los vv. 48 y 49 del mismo, no puede ser la de un himno profético escatológico» (p. 161). La razón principal es que «el autor del relato lucano de la infancia al incluirlo en su contexto como canto de María (...) o el redactor definitivo del Tercer Evangelio al realizar dicha atribución (...) quiso que el himno expresara los sentimientos de la Madre del Mesías en el momento de su visita a Israel. Y en ese momento la esperanza mesiánica era ya realidad» (p. 161).

El *Benedictus* se estudia en los capítulos 5 y 6. Tras exponer las variantes textuales que presenta y la dificultad de optar por unas u otras, especialmente en el futuro o aoristo del versículo 68b, pasa a la crítica literaria. Refuta los argumentos por los que los vv. 70. 71. 74. 76-7, 69-70 se han considerado interpolación lucana por unos u otros críticos. No obligan a ello ni los «lucanismos» ni la impronta cristiana. Como tampoco obligan los argumentos presentados para probar la falta de unidad del himno. Pensando que su autor fuese un judío cristiano de primera hora se comprende que vea ya la salvación realizada y lo ponga así en labios del padre del precursor que la ve despuntar, y se comprende también el sabor veterotestamentario del himno y sus formas de expresarse como en lo referente a los enemigos. «Los argumentos que se suelen aducir para probar la diferencia de autor con respecto a los himnos o al relato en prosa son de muy poco peso: que el estilo es diferente en los cánticos y en el resto de la narración (Ladeuze); que el *Benedictus* resulta menos lucano que el contexto narrativo en el que se inserta (Benoit, Brown) y sólo menciona a Juan en los vv. 76-77, que deben considerarse interpolados (Brown); que el relato corre mejor sin el cántico de Zacarías (varios); etc.» (p. 180). Frente a la debilidad de estos argumentos, los datos literarios apuntan, según Muñoz Iglesias, a que el himno fue escrito en hebreo —así se explican los infinitivos de los vv. 72 y 74— por un

autor cristiano que probablemente estaba relacionado con los círculos levitas conectados con la familia de Zacarías (cfr. pp. 188-192). En cuanto a la estructura de este himno, si bien es clara respecto al contenido, no es fácil —ni posible, según el A.— respecto a la forma, ya que estamos ante una traducción. Sin embargo considera «sugerente y muy probable» la opinión de Gertner que ve en el *Benedictus* un midraś encubierto a la bendición del sacerdote según Num 6,24-26.

El comentario al *Benedictus* se desarrolla siguiendo los temas siguientes: 1) Fórmula de bendición a Dios (Lc 1,68a); 2) Los motivos de la alabanza de Yahweh (1,68b-70); 3) Alcance de la salvación mesiánica (Lc 1,71); 4) Las promesas que Dios ha cumplido; 5) El cántico a la misión del Bautista y el futuro Mesías (Lc 1,76-79). Como en el *Magnificat*, también aquí Muñoz Iglesias dedica gran parte del comentario a establecer los paralelos del Antiguo Testamento y la posible expresión hebrea que subyace al griego del *Benedictus*. La coherencia del v. 71 dentro del cántico, considerado cristiano, está en que en él se describe la salvación de una forma ya habitual con términos alusivos a la liberación del Exodo (cfr. p. 208), si bien la promesa que el autor del himno ve cumplida —desde una óptica indudablemente sacerdotal— se orienta en el sentido de «una implantación en el mundo del verdadero culto a Dios» (p. 216) con las notas que aparecen en Lc 1,75. La coincidencia que los vv. 76-77 presentan con la imagen del Bautista en los Sinópticos y el relato en prosa de Lc 1-2 sólo demuestra que el autor del cántico es cristiano y el mismo que el de la prosa sobre la Infancia en Lucas. Lo mismo se deduce del concepto de Mesías davidico contenido en la expresión *anatole* a partir de Jer 23,5; Zac 3,8; 6,12, y que vendría a ser un paralelo de Lc 1,69. Si la visita de este Mesías tiene rasgos atribuíbles a Dios, eso sólo sería signo, sugiere Muñoz Iglesias, de la concepción mesiánica del autor judío cristiano del himno (cfr. p. 236). Se concluye que en el *Benedictus*, «la salvación mesiánica vista y descrita en términos de liberación de enemigos en la primera parte, se presenta en la segunda como perdón de los pecados. La unidad del cántico resulta indudable. Su dimensión mesiánica es clara. Y su procedencia de un autor judío cristiano absolutamente cierta» (p. 241).

La solución a los problemas que plantea el *Cántico de los Angeles* (Lc 2,14) la ve Muñoz Iglesias en la misma línea que la que aplicaba a los anteriores: no es una pieza extraña al contexto y refleja un original semita. La objeción más seria que se ha presentado al respecto —el parecido de Lc 2,14 con 19,38— no significa que Lc lo tomara de fuente ajena, sino que más bien Lc 19,38 «es una reminiscencia de Lc 2,14» (p. 257). Por motivos de crítica externa sobre todo, considera que la variante *eudokia* no tiene autoridad. En el comentario determina: a) el significado del término *doxa* en Lc 2,14. Tras establecer que su substrato veterotestamentario es *kabod* concluye que «se trata del honor y respeto que los hombres deben a Yahweh como Padre y Señor» (p. 269); b) el contenido del término *eirene* como la paz anunciada para los tiempos mesiánicos —*shalom*—; c) el alcance de la expresión *en anthropois eudokias* y la consideración «como más

probable, aunque no con certeza apodictica» (p. 286) de que *eudokia* haya de entenderse en el sentido de beneplácito de Dios sobre los hombres tal como lo entienden los estudiosos en profundidad del tema en general. La hipótesis defendida recientemente por algunos autores y en la antigüedad por Ireneo que une *eudokias* a *eirene* no la ve Muñoz Iglesias sostenible pues establecería un «hipébaton violento e innecesario» (p. 289); d) el carácter de realidad proclamada y al mismo tiempo de solicitud de respuesta que tiene el *Gloria*.

Finalmente se estudia con la misma metodología el *Nunc Dimittis* poniendo de relieve su correcta inserción en el contexto, y la falta de consistencia que tienen los argumentos esgrimidos para considerarlo un inserto poético venido de otra parte (cfr. pp. 294-297). Simeón ya puede morir porque ha sido testigo presencial de la salvación mesiánica que es extensiva a todos los pueblos, al tiempo que motivo de gloria para Israel.

Dos anexos cierran el libro: Uno con las retraducciones al hebreo de cada uno de los cánticos tal como han sido propuestas por A. Pesch, F. X. Zorell, R. A. Aytoun, H. Sahlin, F. Delitzsch, Ch. Torrey, J. Jeremias y G. Schwarz. Otro con una amplia bibliografía organizada temáticamente y de un enorme interés.

Como conclusión merecen resaltarse dos aspectos. Uno la exposición que ofrece de la historia de la investigación en torno a los cánticos del Evangelio de la Infancia, y de la situación actual de los estudios. La literatura científica en torno al tema ha sido muy abundante así como diversas las hipótesis que se han propuesto en torno al autor y a la inserción de los cánticos en el contexto en que actualmente aparecen. Muñoz Iglesias sabe moverse en la selva de tales investigaciones recogiendo lo positivo y dejando de lado, aunque aludiéndolas, aquellas hipótesis que no tienen verdadero fundamento o han sido marginadas por la investigación posterior. El otro aspecto es que resalta, como dato más coherente desde el punto de vista crítico literario, que los cánticos y la prosa son de un mismo autor, un judío cristiano que escribe en hebreo. Luego, traducido al griego, Lucas lo incorpora al Evangelio. Frente a esta afirmación está la mantenida por otros muchos estudiosos de que los cánticos son piezas anteriores, judías o cristianas, insertadas en la narración con los retoques correspondientes. Muñoz Iglesias muestra que los argumentos que se han aducido para probar esta afirmación no son apodicticos y ni siquiera convincentes: tienen más de hipótesis que de prueba científica y en general llevan a considerar como interpolaciones algunas partes del texto sin que haya suficientes motivos para ello. Los argumentos fuertes que presenta Muñoz Iglesias pueden reducirse a tres: a) es costumbre entre los escritores judíos de la época insertar trozos poéticos compuestos por ellos mismos en las narraciones en prosa; b) el vocabulario de los cánticos es lucano pero refleja por otra parte un original semita; c) los cánticos cuadran con el contexto en cuanto al contenido. Estos argumentos de Muñoz Iglesias están bien fundamentados, pero con todo tampoco prueban de manera apodictica que los cánticos del Evangelio de la Infancia fueran compuestos por el autor de la prosa a

partir de cero y no recogidos de una u otra forma de ambientes cristianos. Creo que afirmando la coherencia de lenguaje y contenido entre los cánticos y la prosa se llega donde se puede llegar: lo demás sigue siendo hipótesis indemostrable. También Muñoz Iglesias se queda en el terreno de la probabilidad cuando afirma que los cánticos los compuso el autor de la prosa.

Gonzalo ARANDA-PÉREZ

Domingo MUÑOZ LEÓN, *Palabra y Gloria. Excursus en la Biblia y en la Literatura Intertestamentaria*, Madrid, C.S.I.C., 1983, 605 pp., 17'5 x 25.

Según nos refiere el A., la presente obra «fue en una intención primera una serie de excursus que irían al final de nuestra obra *Dios-Palabra en los targumim del Pentateuco* (Granada 1974). Conforme fue avanzando aquella publicación decidimos omitir dichos excursus para no alargar excesivamente el volumen. Nuestro propósito entonces era introducirlos en la obra complementaria *Gloria de Shekiná en los targumim del Pentateuco* (Madrid, 1977), pero de nuevo hubimos de desistir de incluirlos por idéntica razón. Por otra parte a medida que nuestro proyecto iba madurando, los excursus iban también enriqueciéndose hasta el punto de presentarnos una alternativa: o publicarlos en un volumen aparte o dejarlos definitivamente marginados en contra de la promesa hecha en los dos volúmenes anteriores. Algunos amigos examinaron el material y me instaron a publicarlos. Tras dudas y vacilaciones opté por seguir su consejo» (p. 11). Por otra parte con el subtítulo de *Excursus* se hace «una confesión inicial de modestia y de súplica para los estudiosos de cada área» (*ib.*). No se trata, pues, de un libro dirigido a especialistas del tema, sino a los estudiosos bíblicos en general.

Esta obra se encuadra dentro de la serie titulada «*Verbum Gloríae*» cuyo primer volumen es *Dios-Palabra en los targumim del Pentateuco* (ya publicado), el segundo *La Gloria de Shekiná en los targumim del Pentateuco* (ya publicado), el tercer volumen próximo a publicarse es *El Verbo y la Gloria en San Juan*, y por último el cuarto volumen está integrado por este libro cuya recensión presentamos. Es de notar que entre la literatura intertestamentaria se incluyen algunos escritos gnósticos y mandeos, por la relación que tienen con respecto al IV Evangelio (cfr. p. 13.457s.).

Después de una Presentación, hace unas observaciones sobre el método seguido. En la Introducción, trata de la Memrá y la Shekiná en los targumim del Pentateuco, así como del Verbo y la Gloria en San Juan. Al hablar del Logos joanneo opina que su «dimensión hipostática intradivina, a nuestro parecer, se explica sólo a partir de la afirmación cristiana de la divinidad (filiación divina) de Je-